
De Tigre a Tigre

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7911

Título: De Tigre a Tigre

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 2 de enero de 2023

Fecha de modificación: 2 de enero de 2023

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

De Tigre a Tigre

—Todo arreglao —dijo «Ventarrón».

—¿Pa cuando?

—Pasao mañana.

—¡Ya sabes pues! —exclamó el jefe de la gavilla, «Alacrán», dirigiéndose a los diez bandidos que churrasqueaban con él en escondido potrero del Uruguay entrerriano.

—Yo no voy —dijo Lino Baez.

—¿No venís? —interrogó Alacrán.

—No.

—¿Andás apestao?

—Gracias a Dios puedo vender salú.

—Entonces te ha entrao miedo.

—Yo no tengo miedo a naide, ni a vos mesmo, Alacrán.

El jefe de los bandidos miró a Lino con extrañeza.

—Tenés algún motivo particular?

—Ninguno.

—Güeno. No vengas; nosotros bastamo; pero ya sabes que las ganancias son pa los que exponen el cuero, y no esperés nada si nos sale bien el asunto.

Lino Baez se encogió de hombros. Esa misma noche ensilló y desapareció del potrero.

¿Qué motivo había tenido él para oponerse al asalto y saqueo de la pulpería de Pereyra: explicable, ninguno. No lo conocía a Pereyra: y un asalto, un homicidio, un robo más o menos ¿qué podía importarle a Lino Baez?... ¿Por qué entonces cometió aquella cochinateda con sus compañeros, aquella baja delación que costó la vida a uno, dos balazos a otro, un sablazo al jefe y la pérdida de un rico botín?... No lo sabía: tantas burradas se hacen así, sin saber porque...

Lo peor del caso es que la polka se le puso sumamente ligera a Lino Baez. De balde no le llamaban «El Alacrán» a Pedro Cruz, jefe de la más desalmada gavilla de bandoleros que haya sembrado espanto en Entre Ríos.

Nadie lo conocía mejor que Lino Baez, y no tardó en darse cuenta de que pesaba sobre su cabeza, inexorable sentencia de muerte; empero, guapo, audaz y astuto, aceptó la situación con cierto regocijo. Le repugnaba el pasado, la cobardía de los asesinatos en común. No es que no le gustase matar; matar le gustaba mucho; pero no así, once contra uno, contra dos o tres, agarrados dormidos y sin perros!... ¡Matar peliando parejo!... ¡Así era lindo!...

Bueno: ahora se trataba de no caer en las uñas del Alacrán y la pandilla, quienes, de agarrarlo lo habían de picar como para chorizos.

Primeramente pensó en huir del pago; más bien pronto reconoció lo absurdo de la idea. ¿Donde iría que no lo siguieran sus antiguos camaradas?... No, bien pensado, lo mejor era estar cerca de ellos, seguirles los pasos, descubrir sus planes. Siempre había pensado así: «enemigo que se vé, ya no es más que medio enemigo».

Su plan le dió excelentes resultados. El Alacrán y sus compinches hicieron varias tentativas para o «madrugarlo»;

ivanas tentativas!... Él los dejaba hacer, gozándose, a igual del zorro, en pegarles el grito burlón detrás de una masiega. Llegó a tomarle gusto al juego. Sin embargo, una vez, la guitarra le quedó sin prima. Fué así.

Alacrán y sus amigos habían llegado un anochecer al boliche de Umpierres, un ranchita perdido en la llanura de Villaguay. Lino Baez, que le seguía continuamente, llegó poco después y, agazapándose, fué a instalarse junta a la ventana, una ventanita hecha con tablas de cajón, por cuyas hendidjas pasaba la luz de la vela y la voz de los bandidos.

Estos combinaban su plan. El jefe decía:

—De aquí al rancho 'e la china Nemesia habrá cosa de una legua, asigún me dijo la china, Lino cairá por allí al subir el crucero...

—¡China arrastrada! —pensó Baez.

—Pa la media noche, —continuó el Alacrán,— cuando la luna esté en mitá del ciclo, nosotros caimo, le rodiamo el rancho.

—¡Y lo achuramo! —exclamó otro.

Lino Baez pensó: Lo qu'es en esta recogida no caigo al rodeo; pero hay que cavilar un poco. Yo ando, como quien dice, a pié; y matreriar sin buen caballo es como cortarse las uñas pa despues pelar mondongo.

De pronto rió interiormente y se dijo:

—¡Soy bobo! ¿Y no están ahí los caballos de ellos?... ¡Han de haber fletes!

Ya iba a marcharse, cuando una frase de Alacrán lo detuvo:

—¡De juro que va a peliar! Es muy sabandija, pero es guapo ¿pa que negarlo?... Lino Baez no para la mano.

Aura, la cuestión es que no lastime a ninguno, y pa eso he

pensao una combinación.

—Andá diciendo.

—Es ansina. Al llegar al rancho, nos desnudamo tuitos, bien desnudos. De una patada echamo la puerta abajo.

—Es fiero dentrar en cuarto oscuro, —observó «Ventarrón».

—Ya sé, —continuó el jefe; pero dentramo desnudo; ansina, vamo manotiando; si tocamo carne, es compañero; si tocamo ropa, imeniar daga!... ¿comprenden?...

—¡Lindo! —exclamaban alborozados los bandidos; y Lino Baez se dijo también, mentalmente:

—¡Lindo!

En seguida fue hasta el cardal donde había dejado su caballo, montó y trotó hasta el rancho de Nemesia. Recibiólo ésta con muestras de cariño, él, sin hablar, ¿para que hablar?... le hundió la daga en la garganta. Cuando dejó de patalear, la levantó y la arrojó encima del catre. Luego, tranquilamente, se desnudó por completo. Hizo un atado con sus ropas y lo puso junto a la puerta. Apagó la vela, desenvainó el facón y sonriendo, sonriendo con indefinible placer, fué a estacionarse en un ángulo del rancho.

Tras un tiempo que a Lino le pareció un siglo, su oído de matrero oyó el pisar de caballos que se acercaban. De pronto, un golpe recio; la puerta se abrió de par en par. Absoluto, terrible silencio. Los bandidos iban sobre seguro; a dos pasos del rancho estaba el moro de Baez y la casa no tenía más salida que aquella puerta. Sin embargo, la víctima no hacía ninguna manifestación de defensa. Los asaltantes avanzaban cautelosamente, extendiendo la mano izquierda en tanteo al aire. Alacrán, que iba delante, tocó un cuerpo; estaba desnudo; detuvo el ademán de la diestra; casi de inmediato, una mano se le posó en la espalda y en seguida dió un grito y se desplomó con el corazón partido de una

puñalada.

—¡Traición! itraición! —gritaron varias voces.

Lino Baez ganó la puerta, gozando de la horrible escena que se desarrollaba en el interior del rancho: los bandidos, presa del pánico, se apuñaleaban entre sí, y cuando alguno intentaba huir y por casualidad daba con la puerta en la profunda oscuridad de la noche, lo recibía el facón inclemente de Lino Baez...

Al venir el día en el interior del rancho de Nemesia no había más que cadáveres y moribundos.

Lino Baez se vistió; ensilló el mejor caballo, puso el bozal con cabestro a otro considerado bueno; volvió; observó y dijo:

—Los caranchos no van a tener tiempo de comer tanto dijunto. Vamos a prenderle juego pa que el jedor no envenene el aire.

Sacó un fósforo; lo encendió y lo aplicó a la reseca paja del techo.

Después montó a caballo. Meditó un momento; luego dijo:

—En la banda Oriental está la guerra.

Y silbando un estilo, sin volver la cabeza, al trote, con su caballo de tiro, enderezó rumbo al Uruguay.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.